

# GLOSAS

## ACADEMIA NORTEAMERICANA DE LA LENGUA ESPAÑOLA



*Director:* **D. Gerardo Piña-Rosales**

*Comisión de Traducciones*  
Presidente: **D. Joaquín Segura**

*Vocales, por orden de antigüedad de nombramiento:*

D. Emilio Bernal Labrada, D. Antonio Culebras, D.<sup>a</sup> Elsa Nadal, D.<sup>a</sup> Leticia Molinero, D. Francis D. Gómez, D. Mordecai Rubín, D.<sup>a</sup> Beatriz Varela, †D. Guido Félix, D. José Manuel Gómez y Méndez, D.<sup>a</sup> Estelle Irizarry, D. Wenceslao Carlos Lozano, D. David J. Deferrari, D.<sup>a</sup> Rima de Vallbona, D.<sup>a</sup> Silvia Faitelson-Weiser, D. Ubaldo Di Benedetto, D. Carlos Abad, D. Fernando A. Navarro, D. Tomás Rodríguez-Pantoja, D. Raúl Miranda Rico, D. Domingo Prieto, D. Francisco Marcos Marín, D. Eugenio Chang-Rodríguez, D. Gustavo A. Silva, D. José Luis Sierra-Ponce de León, D. Antonio Garrido Moraga, D. Joaquín Badajoz, D. Juan Manuel Pascual, D. Daniel Fernández Martín, D. Gerardo Piña Rosales, D. Nicolás Toscano Liria, D. Rolando Hinojosa-Smith

Redacción: **J. Segura, 35142 Carnation Lane, Fort Mill, SC 29707**  
Correo electrónico: [jbsegura3@gmail.com](mailto:jbsegura3@gmail.com)

**Volumen 7, Número 5**

**Enero de 2011**

### CONTENIDO

“Retos del idioma español: los cognados”  
*Por* Charles M. Stacy (Traducción: Joaquín Segura)

“El idioma y el lugar de nacimiento como estímulo creativo”  
*Por* Rolando Hinojosa-Smith

“A propósito del *Diccionario de palabras para andar por casa*, de Manuel Garrido Palacios”  
*Por* Gerardo Piña-Rosales

“Don Valentín García Yebra” (Necrológica)  
*Por* Joaquín Segura

## COLABORACIÓN

# RETOS DEL IDIOMA ESPAÑOL: LOS COGNADOS

Charles M. Stacy

*Traducido del inglés por Joaquín Segura*

*En el número anterior de Glosas, el autor, lingüista y revisor de traducciones norteamericano, nos explicaba algunas de las diferencias con que se topa el angloparlante que desea aprender el español por su propia cuenta y a partir de libros. A continuación nos presenta más ejemplos de esas diferencias entre estos dos idiomas de importancia mundial.*

A cualquier angloparlante en plan de aprender el español, o a cualquier hispanohablante que esté aprendiendo el inglés, le encantará descubrir un modo de ampliar su vocabulario al instante en materia de cognados, esas palabras de una lengua hermana que tienen su origen común en una lengua madre y por consiguiente puede decirse que son literalmente lenguas connatas [*cognatas* es palabra derivada del latín *com* (*juntas*) + *gnatae* (*nacidas*)].

El inglés, perteneciente a la familia de lenguas germánicas, no es hermano del español, sino más bien cuñado, que a su vez es otro cognado: [*cognatum* > *cognatu* > *cognato* > *cognado* > *coñado* > *cuñado*]. Después de todo, los miles de palabras inglesas originadas en el matrimonio forzado entre el latín y el inglés se remontan a la invasión de Inglaterra por los normandos en el año 1066.

Todo cognado presenta dos aspectos para los estudiantes de estas dos lenguas: (1) su forma u ortografía y (2) su significado o sentido. Para lo primero, el DRAE dice: "adj. *Gram.* Emparentado morfológicamente", y para lo segundo: "m. y f. Pariente por cognación." Cuando esos dos aspectos del cognado en un idioma coinciden con los de otra lengua, se facilita mucho la tarea de los estudiantes y traductores de esa otra lengua, aunque a la larga puedan resultar algo aburridos.

Cuando la ortografía o el significado no coinciden exactamente, las cosas se hacen más interesantes. Hay más de un problema técnico entre la ortografía inglesa y la española en cuestión de cognados y una cantidad de irritantes diferencias ortográficas entre el inglés y el español, sobre todo en significados secundarios y especializados.

Reconociendo que se ha derramado ya mucha tinta respecto a los cognados cuyo significado no es lo que parece ser, en este artículo haremos caso omiso de esos "falsos amigos" y nos concentraremos en las diferencias ortográficas. Más aún, limitaremos nuestra discusión teniendo en cuenta únicamente los cognados que terminan en *-tion* y en *-ción*. Resulta que estos casos pueden clasificarse en varias categorías.

Empezaremos por un grupo sencillo: el de los cognados terminados en inglés en *-nction* o *-mption* y que en español se simplifican a *-nción*:

|             |            |
|-------------|------------|
| dictinction | distinción |
| exemption   | exención   |
| extinction  | extinción  |
| redemption  | redención  |

Se nos podría perdonar la pregunta de cómo son posibles tales diferencias en cognados de origen común. En este caso, la respuesta es que las terminaciones latinas *-nctio* y *-mptio* acabaron por convertirse en *-ción* en español. No sucedió así en el francés, porque los normandos que invadieron a Inglaterra desde Francia dieron al inglés las palabras originales del latín casi intactas, con pérdida solamente de la *-e* final.

Otras circunstancias que produjeron la transformación del latín al español incluyeron esa *e-* epentética que se añadió al principio de las palabras latinas que empiezan con *sc*, *sp* y *st*:

|                 |                |
|-----------------|----------------|
| escarificación  | scarification  |
| especificación  | specification  |
| especialización | specialization |
| especialización | specialization |
| especificación  | specification  |
| especulación    | speculation    |
| estipulación    | stipulation    |

Nos encontramos ante una categoría más amplia y ligeramente más complicada, en la que los prefijos se han desplazado del final al comienzo de las palabras, lo cual nos brinda una categoría más larga y ligeramente más compleja que nos lleva a los siguientes prefijos:

|                  |                                     |
|------------------|-------------------------------------|
| dehydration      | deshidratación                      |
| deodorization    | desodorización                      |
| desalination     | desalinización (también desalación) |
| description      | descripción                         |
| diminution       | disminución                         |
| disqualification | descalificación                     |
| dysfunction      | disfunción                          |

Normalmente, el español retiene entero el prefijo latino *des-*, mientras que el inglés pierde la *s*; pero el español, a su vez, pierde también una *s* (para evitar la doble *ss* del latín cuando la raíz de la palabra empieza por *ss*, como sucede en *desalinación* y (también en *desalación*). En inglés, el prefijo griego *dys* pasa a ser *dis*. Curiosamente, el español no parece tener muchos cognados que conserven el prefijo *des-* o *dis-* y que hagan pareja con *disrespect*, *disallow*, *disbar*, *disengage*, *distaste*, *disparage*, y unos cuantos más.

Más extraño todavía, a veces los cognados pierden toda una sílaba sin dejar rastro. En un modelo de ejemplar imparcialidad lingüística muchas de esas sílabas desaparecen en uno y otro idioma.

|                 |                                     |
|-----------------|-------------------------------------|
| annexation      | anexión                             |
| automation      | automatización                      |
| claim           | reclamación                         |
| clarification   | aclaración                          |
| desperation     | desesperación                       |
| digitation      | digitalización (también digitación) |
| dilation        | dilatación                          |
| hydration       | hidratación                         |
| indemnification | indemnización                       |
| legitimization  | legitimación                        |

|             |                                     |
|-------------|-------------------------------------|
| lubrication | lubrificación (también lubricación) |
| micturation | micción                             |
| population  | población                           |
| quotation   | cotización                          |

Desafiando explicaciones facilonas, las sílabas *-fi*, *-ta* e *-iz-* aparecen a veces sólo en inglés, y otras veces solo en español. Esto es como si un mago de incógnito nos estuviera haciendo trucos con los dos idiomas dejándonos ver una cosa y luego escondiéndola.

A la larga, los cognados entre dos idiomas cualesquiera pierden una o más letras. He aquí unos cuantos ejemplos variopintos:

|               |  |
|---------------|--|
| aceptación    | acceptance                                     |
| alineación    | alignment                                      |
| congelación   | congealing                                     |
| conspiración  | conspiracy                                     |
| desaparición  | disappearance                                  |
| desesperación | despair (también existe <i>desperation</i> )   |
| dilación      | delay  |
| estimación    | estimate (también existe <i>estimation</i> )   |
| lección       | lesson   |
| maquinación   | machining (también <i>machination</i> )        |
| ocupación     | occupancy                                      |
| planificación | plan, planning                                 |
| recepción     | receiving, receipt (también <i>reception</i> ) |
| reclamación   | claim  |
| relación      | relationship (también <i>relation</i> )        |
| remoción      | removal  |
| renovación    | renewal (también <i>renovation</i> )           |
| reparaciones  | repairs (también <i>repairs</i> )              |
| traición      | treason  |
| votación      | voting   |

Prometimos limitar este artículo a la forma, sin tener en cuenta el significado, pero desafortunadamente la verdad es que esta última categoría de cognados abarca sólo parcialmente cuestiones de forma y de significado. Si se nos permite retractarnos ligeramente para tener en cuenta este fenómeno, debemos mencionar que los cognados que terminan en *-tion* / *-ción* a menudo tienen dos significados. Uno de esos significados es más abstracto que el otro y tiene que ver con una acción o proceso cuyo equivalente en inglés termina en *-ing*. La palabra *aleación*, por ejemplo, puede referirse a lo que en inglés se llama *alloying*, como en:

Alloying copper and tin makes bronze.  
*La aleación del cobre con el estaño da por resultado el bronce.*

El otro significado es a menudo más importante y tiene que ver con el resultado de una acción o proceso, como sucede en la siguiente declaración:

Bronze is an alloy of copper and tin.  
*El bronce es una aleación del cobre con el estaño.*

El número de tales cognados es extenso y perturbador, ya que las terminaciones *-tion* y *ción* son sumamente productivas en ambas lenguas. Las listas que hemos dado de las diversas categorías reconocidas son, por lo tanto, obviamente incompletas.

Para terminar, debo advertir que existen también otros cognados, como *-ty / -dad*, *-ment / -miento*, *-ant / -ante*, *-ive / -ivo*, *-ic / -ica*, los cuales pueden subdividirse también en varias categorías que reflejan algunas de las mezcolanzas aquí presentadas.

La moraleja de este artículo es que los cognados son normalmente dientes que engranan certeramente en las ruedas dentadas entre dos idiomas, pero que no siempre lo hacen a la perfección.

---

## EL IDIOMA Y EL LUGAR DE NACIMIENTO COMO ESTÍMULO CREATIVO

**Rolando Hinojosa Smith**

Nací y me crié en una familia de lectores: mi padre, de escasa formación escolar, fue lo que solía llamarse autodidacta. Ignoro cómo fue que se enseñó a leer, pero a la edad de tres o cuatro años noté que mis padres se leían el uno al otro. Como el menor de cinco hijos, y teniendo a los hermanos mayores como ejemplo, yo también empecé a leer a temprana edad.

Además de ello, era enfermizo y eso me forzaba a quedarme en casa. Como vivíamos a corta distancia del ahora desaparecido villorrio de Río Rico, Tamaulipas, mi padre me compraba libros en español— libros de comics, como Paquín y antologías de cuentos baratas. Tal era mi desconocimiento de la literatura mundial que al leer a Maupassant y a Balzac se me hacían raros los apellidos y por consiguiente los tomaba como mexicanos.

Mis lecturas en inglés provenían de las bibliotecas escolares, así como de la biblioteca pública que, para un pueblo de 6000 habitantes, estaba bien surtida. Yo sufría todo tipo de enfermedad y por consiguiente me pasaba los días sentado en un sofá pequeño sin darle guerra a nadie. El aguinaldo, por llamarlo así, fue el asma, que me daba unas ansias inimaginables y que llenaban a mi madre de susidio, como debe esperarse.

No recuerdo si pensaba dedicarme a ser escritor en esos años, pero tuve la gran suerte de contar con hermanos que leían bien, que me enseñaron a leer: "Mira, ¿ves cómo presenta el escritor el comienzo del cuento? Fíjate dónde sitúa la acción". Es decir, sin yo saberlo, me enseñaron a leer no como lector, como me di cuenta más tarde, sino como escritor. Notar esto y aquello, el cómo, el uso del diálogo, a veces parco para la caracterización, la narración dedicada al local y asuntos literarios por el estilo, aunque claro está exento del argot de la crítica literaria. No es, pues, un accidente que de los cinco hermanos cuatro nos dedicamos a la enseñanza.

Cada verano, durante mis años de secundaria, mis padres me enviaban a Arteaga, Coahuila, para hospedarme en casa de unos amigos del Valle, los Vela. Arteaga era, en ese tiempo, una población con

iglesia, que se usaba de una a dos veces por mes, cuando el sacerdote de la región se presentaba. La oficina de correos abría sus puertas dos o tres días por semana. Había un panadero y un farmacéutico que anunciaba en letras mayúsculas EJERCE SIN TÍTULO. También había una alberca pública que, a mis ojos de adolescente, era la alberca más grande que había visto en mi vida. El agua nos venía de fuentes en las montañas y era de lo más fría.

El hijo de los Vela, de mi edad, y yo asistíamos al Ateneo Fuente, que en esos tiempos estaba en las afueras de Saltillo. Las montañas que rodeaban esa linda ciudad llevaban letreros políticos, escritos con cal, que anunciaban las elecciones presidenciales de los años cuarenta y pico. El nombre de Miguel Alemán era el que resaltaba.

En Saltillo íbamos a los cines, de los cuales me acuerdo de dos: el Palacio, donde se cobraba más, y el Cine Obrero, al que nuestras familias, si no nos lo prohibían, nos dejaban saber que no era apropiado.

Pero ese dictamen nos servía como la manzana del Edén. Para mi suerte, aquellos eran los años del siglo de oro mexicano. Y fue durante mis estancias en Saltillo cuando vi por primera vez películas norteamericanas con subtítulos,

De vuelta a Texas, después de mis dos meses y medio en ese ambiente, el uso del español se me acrecentaba; también recuerdo que los chicos del Ateneo nos reconvenían por nuestro uso del español. También fue allí donde, por primera vez, oí la voz *pocho* para designarnos a nosotros los México-tejanos.

En Texas, cuando hablábamos en español, nos autoidentificábamos como mexicanos; yo también, aunque bien sabía que mi madre era de sangre inglesa; dicho sea de paso, ella se defendía perfectamente en español, y era, en gran parte, la persona a la que yo acudía para conocer el significado de una palabra u otra en español.

Como nací en 1929, a mí y a mis coetáneos nos tocó conocer a *gente Mayo*, como los llamábamos. Gente que, como mis padres, habían nacido en 1885, y otros que habían nacido en los años 70 del siglo diecinueve. Esta gente contaba cuentos e historias de esos tiempos y de la Revolución Mexicana de 1910 y del prejuicio racial por parte de nuestros conciudadanos, los anglos, como los llamábamos. Mucho folklore también, y chistes, no siempre lo más adecuado para un chico, pero a mí me fascinaba oírlos hablar, y como no me entremetía, se me toleraba. Todo eso fue para mi bien, como luego reconocí al pasar los años.

Durante la crisis económica de los años 30, en Mercedes, mi pueblo natal, vivían muchas familias mexicanas exiliadas durante una u otra etapa de la Revolución de 1910. Unos se ganaban la vida como maestros en lo que llamábamos "las escuelitas", donde los padres de uno pagaban la inscripción de cincuenta centavos por mes. En ese tiempo también se aceptaba la moneda nacional mexicana en Texas cuando el peso estaba a 4.80 el dólar.

Mi maestro, el señor Cuéllar, además de enseñarnos a hacer palitos para la escritura también nos leía las noticias de *La Prensa*, periódico de San Antonio, fundado por don Ignacio Lozano, y que duró desde 1912 hasta 1962 cuando se cerró y los Lozano se mudaron para establecer *La Opinión* en Los Angeles.

A la vez, el periódico de Brownsville, *The Brownsville Herald*, publicaba la versión en español, *El Heraldo de Brownsville*, un diario que se repartía por todo el bajo valle del Río Grande y otras partes de Texas.

De aquí me voy un poco al campo de la arqueología: en 1915, la legislatura de Texas aprobó una ley que rezaba así: "...que ningún idioma, excepto el inglés, se debía hablar en las salas de enseñanza durante el recreo, en los pasillos, etc.". El blanco principal de la ley no éramos los México-tejanos sino los alemanes. En Texas aún hay pueblos con nombres alemanes: Fredericksburg, Schuleneg, Ulm, Grüene y otros más. Esa ley, nociva por excelencia, firmó el certificado de defunción, por decirlo así, de las escuelas alemanas, de sus periódicos locales, de sus celebraciones típicas, así como del uso del idioma.

En 20 años, cuando los México-tejanos empezaron a inscribirse en grandes números, la ley seguía en pie y se trató de hacer lo mismo con el español. Fracasaron, pero también hubo mucho sufrimiento durante ese tiempo, no en el Valle, específicamente, pero sí en el norte, en el oeste, y en la parte central del estado de Texas. Como escribió Luis Leal, originario de Linares, Nuevo León, profesor en la Universidad de Santa Bárbara, y por más de 40 años, gran amigo: "El precio que el mexicano-tejano ha pagado por el mantenimiento del idioma ha sido exorbitante." La traducción es mía; Luis lo escribió en inglés.

A los 12 años escribí mi primer cuento; las ideas venían de mis lecturas, de escuchar a mis padres y a sus amigos, y del local, lo que los alemanes llaman el *Heimat*, que además de la casa incluye la cultura, su historia, y el tiempo, tanto en el pasado como en la época en que se vive. Y fue allí, en Arteaga, Coahuila, a los quince años de edad, donde me surgió un cuento basado en la acequia que corría a unos cuantos pasos de casa.

Cuento corto, trata de la leva en los tiempos de la Revolución. Dos campesinos con talache y azadón al hombro van rumbo a casa después de su labor en los campos en esa parte de Coahuila donde se dan a montón las manzanas, peras, duraznos, uvas, etc. Van charlando tranquilamente, pero de pronto aparece la leva que trata de llevárselos. Si se van, me dije, bien pueden morir de hambre. Hice que trataran de evadirse, pero a uno, un jinete, espada en mano, le cortó el brazo a cercén. El otro corre paralelamente a la acequia, dos de los caballos llegan a tumbarlo, cae en la acequia y su sangre se desparrama. Se me ocurrió acabar el cuento diciendo que la sangre se esparció por todo México. Años más tarde me di cuenta de que lo que había hecho era usar la sangre como símbolo, aunque a los quince años no conocía (para mi suerte) la voz "sinécdoque" e ignoraba la jerga de los críticos literarios.

Ese mismo año era mi tercero de secundaria, y eso me permitía participar en un curso literario. En ese año, pues, y el siguiente, se me aceptaron cinco piezas: dos ensayos y tres cuentos, que para mi bien o para mi mal aún se hallan en los estantes de la biblioteca de la secundaria. El papel debe estar ya bastante frágil, pues de eso hace ya más de sesenta años.

Después de mi último verano en Arteaga me presenté como voluntario al ejército a la edad de 17 años, con el permiso de mis padres, como se requería. Trabajé como redactor del periódico del campamento, pasé un año en Puerto Rico como locutor de la cadena militar, lo que en inglés se llama The Armed Forces Radio Service.

Después de mi licencia del ejército, fui a la Universidad. Aunque no había escrito durante ese tiempo, sustituí el escribir por años de lectura de todo tipo: política, ficción, poesía, historia, pero sin ningún

sistema; es decir, leía lo que me interesaba y eso, en cierto modo, me permitió ensanchar mi conocimiento y sirvió para lo que vendría después, la serie de novelas cuyo primer tomo se publicó en 1973 y el más reciente en 2008. Además de la serie, como cualquier escritor, también escribo y publico ensayos y cuentos cortos.

¿Y de dónde salió tanta producción? A base de experimentar de la vida todo lo que fuera posible. Aprendera diario cómo escribir, hacer memoria, aunque no siempre exacta, de lo que he vivido, presenciado, de lo que se me ha contado. Y siempre con las miras en esa mi región y su gente, su historia, su antropología, los goces y decepciones, sus éxitos y fracasos, injusticias, y todo con una veta de ironía y evitando el cinismo, aceptando, sin idea de rechazarlo, el pasado que me era imposible cambiar.

Eso, propiamente visto, si no calmaba mi sed de imaginación, a lo menos me permitía y sigue permitiéndome usar las ideas que son el producto de la imaginación.

El dominio de ambos idiomas, más mis estudios en portugués, italiano y alemán, me abrieron otras puertas para saber, aprender y, lo más natural, gozar aprendiendo algo de otros mundos, de otras gentes, pues al fin y al cabo, uno llega a la conclusión de que no son tan diferentes entre sí.

En el mundo de la docencia universitaria he sido, como soy, profesor, jefe de varios departamentos, decano, vicepresidente de asuntos universitarios. En fin, que he llegado a conocer a fondo lo que es una universidad chica, mediana, y grande.

Todo eso, como todo lo que llega uno a conocer del mundo, forma parte de mi vida como escritor y me ha permitido abrir puertas y brechas que presentan oportunidades para conocer a todo tipo de gente, que al fin y al cabo es de lo que se trata al escribir: la gente y su tiempo.

Como nosotros los de habla hispana decimos: "Cada cabeza es un mundo". La cabeza de los escritores, sin embargo, se compone de muchos mundos. Hay que saber algo de las diferentes capas sociales, de los ambientes de aquí y allá para poder decirse a sí mismo: "Creo que voy bien, creo que he presentado la vida como es". ¿Y luego? A esperar otra sorpresa que nos permita calmar la sed de la imaginación y ponernos a trabajar de nuevo, y en mi caso, como si fuera mi primera novela.

Preguntas comunes que se me hacen: ¿En qué idioma sueña usted? ¿Le es más fácil o difícil escribir en español o en inglés? Cuando traduce, ¿lo hace del español al inglés o viceversa? Las preguntas no sólo son importantes para el que las hace sino también para el escritor, y por eso se agradecen. Además, el escritor aprende, porque le hacen pensar y eso siempre aviva la imaginación.



**A PROPÓSITO DEL *DICCIONARIO DE PALABRAS  
PARA ANDAR POR CASA, DE MANUEL GARRIDO PALACIOS***

**Gerardo Piña-Rosales**

Por mor de mi cargo en la ANLE más que por mis conocimientos lexicográficos, de vez en cuando me veo precisado a reseñar la aparición de algún nuevo diccionario. Es el caso que ahora me ocupa: la presentación de la tercera edición del *Diccionario de palabras para andar por casa*, de mi buen amigo y colega Manuel Garrido Palacios. Él sabrá perdonarme este atrevimiento, pues, al fin y al cabo, obedece tan solo a un deseo irrepresible, hijo de las varias circunstancias vitales que aquí convergen: Garrido Palacios es de Huelva, yo soy de Cádiz; ambos somos defensores a ultranza del habla andaluza; y los dos fuimos íntimos amigos de aquel gran onubense que se llamó Odón Betanzos Palacios.

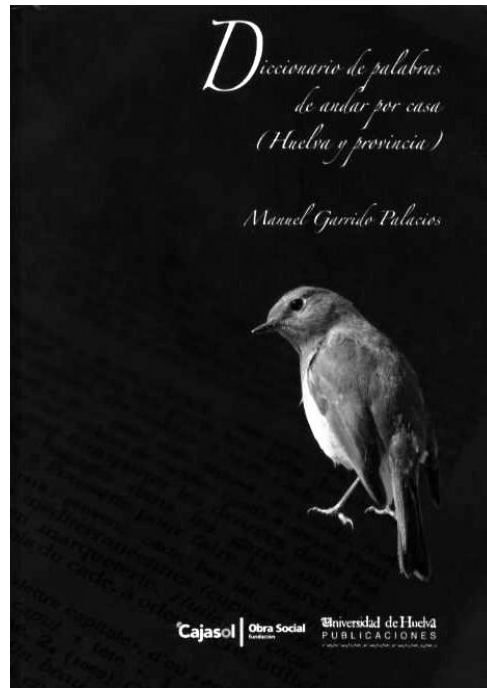
Manuel Garrido Palacios es lo que se dice un verdadero humanista: etnógrafo —*El cancionero de Alosno* (1996)—, novelista —*El abandonario* (2001)—, poeta —*Brocal* (1964)—, cuentista —*Historias de un destiempo* (2008)—, ensayista (lean ustedes algunos de los estupendos ensayos agavillados en su blog), realizador de cine y qué sé yo cuántas cosas más. Y desde hace años, Correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, con la que, asidua y puntualmente, colabora.

Convendrán ustedes conmigo que la elaboración de un diccionario como este solo se puede llevar a feliz término si se aman con apasionamiento las palabras; las palabras y la tierra feraz de donde brotan. Estamos ante un diccionario singular: un diccionario que recoge voces y expresiones de una región muy concreta de la geografía española: Huelva y su provincia. Para mí, abrir las páginas de este diccionario es adentrarme, hurgar, escarbar en mis propias raíces. Siempre he creído que las raíces se llevan dentro, y que vaya uno donde vaya, nunca se deja de ser lo que se es. Pese a mis tres décadas de vida en Nueva York, no he dejado jamás de sentirme profundamente andaluz. No digo que el emigrante, el exiliado, deba rechazar el influjo del país o países de asilo (lo que sería tan contraproducente como monstruoso), sino que pese a la lejanía en el tiempo y en el espacio, esa pulsión que nos lleva a reconocernos en el otro, en el hombre de nuestro propio terruño vital, en sus palabras, en sus expresiones, en su acento, en sus gestos, no debería morir nunca. Es más, en ella se oculta la clave de nuestro verdadero sentir, de nuestra identidad más genuina. Hojeando este *Diccionario...* de Garrido Palacios, pronunciando en voz bajita aquella o esta palabra —palabras luminosas, palabras con sabor a mar, palabras con olor a sierra—, he sentido que recuperaba recuerdos adormecidos de mi infancia, paraíso perdido. Aquella tierra, aquel sol, aquel mar, aquellas sierras me hablaban al oído, me cantaban por fandangos y por alegrías. Huelva y Cádiz. ¡Casi ná!

El *Diccionario...* de Garrido Palacios me traslada también a la primera vez que pisé tierras onubenses, al año 1994, invitado por Odón Betanzos a participar en un congreso de académicos en la Universidad Internacional de Andalucía, en La Rábida. Tuve entonces la dicha de conocer Rociana del Condado, y Trigueros, y Punta Umbría, y Mazagón, y Moguer, y Niebla, y Palos de la Frontera. Los recuerdos van y vienen: el fragante aroma de los pinares de La Rábida; las barcazas desgüesadas, semihundidas en el lozadal, en la desembocadura del Tinto y el Odiel; y el mar, siempre el mar, calándolo todo, sellando con su beso de sal aquel entorno mítico.

Otra de las razones por las que desde el principio este *Diccionario de palabras para andar por casa* me ilusionó tanto, tuvo y tiene mucho que ver con otro de mis caballos de batalla: el andaluz. Como dije antes, he sido siempre defensor acérrimo del habla andaluza. Por ello, cuando oigo en la Radio Televisión de Andalucía a locutores y locutoras hablando (o esforzándose en hablar) un castellano castizo me lleno

de vergüenza ajena y de indignación. No es que tenga nada en contra de la pronunciación castellana (todo lo contrario), pero esa actitud camaleónica me parece una verdadera falta de responsabilidad, una aceptación tácita del complejo de inferioridad que todavía, ¡parece mentira!, acarrean muchos andaluces. Yo les aconsejaría a esos locutores y locutoras de medio pelo que tuvieran siempre a mano el *Diccionario de palabras para andar por casa* de Manuel Garrido Palacios para que no se olvidaran nunca de la gran riqueza léxica de nuestros pueblos, ni del habla andaluza, un habla, y lo dice nada menos que Rafael Lapesa, “de fonología y morfosintaxis revolucionarias”.



**Huelva: Universidad de Huelva, 2008**  
**Segunda edición, corregida y aumentada**  
**ISBN: 978-84-96373-64-5**



## D. VALENTÍN GARCÍA YEBRA

El martes, 13 de diciembre de 2010, cumplidos los 93 años de singular existencia, falleció en Madrid este gran lexicógrafo, traductor y miembro de la Real Academia de la Lengua Española, y de las de Chile y los Estados Unidos.

Hemos recibido con gran tristeza la noticia su defunción, que nos duele hondamente, por haber conocido y tratado al finado, a este gran profesor y traductor profusamente galardonado por su labor lingüística y en su día profesor del Instituto de Traducción de la Universidad Complutense y ganador del Premio Nacional de Traducción, entre muchas otras distinciones.

Tuve el honor y el gusto de trabar amistad con él en la reunión de Academias celebrada en el Madrid en 1994. Don Valentín estaba sentado en una fila de butacas detrás de la nuestra, y en un momento dado, en que se hablaba de los anglicismos en la lengua española, y habiendo yo intervenido para incluir entre ellos el gerundio compuesto (*estar siendo*), me tocó en el hombro para decirme que no estaba de acuerdo conmigo y que toda la vida había oído decir a las madres: "Mi hijo *está siendo* muy travieso, o muy bueno". Esto a mí me parecía raro puesto que jamás había oído tal cosa durante mis años de vida en un pueblo de Aragón. Por otra parte, me parecía tomado directamente del inglés y no figuraba en las conjugaciones de verbos de la Real Academia de la Lengua.

De regreso en Nueva York, me dediqué durante unos meses a releer partes del *Quijote* y algunas otras obras clásicas y modernas, sin que pudiera encontrar en Cervantes, ni en Quevedo, ni en otros escritores más modernos, como Pérez Galdós, Ortega y Gasset, Azorín, mención alguna de *estar siendo* más un participio o adjetivo que expresa la acción duradera del verbo. Le conté esto a don Valentín, y cruzamos una extensa correspondencia en la que yo le expuse la penuria, más bien ausencia de referencias, a ese *estar siendo*, en las obras consultadas. Por su parte, él se valió de los nuevos archivos electrónicos de la Academia en busca de ejemplos del uso que defendía. Al principio encontró uno solo, de un escritor poco conocido, pero de ninguna manera el uso tan difundido que él me había mencionado. Por mi parte, yo sí encontré a un filólogo que lo condenaba, Vicente Salvá, expatriado en Londres por motivos políticos desde 1823. Posteriormente, lo condenaron como anglicismo sintáctico el gramático Leonardo Gómez Torrega, y el *Diccionario de Anglicismos* de Ricardo Alfaro.

Después de esto, convinimos en seguir estudiando el asunto. Poco a poco empezó a difundirse aquel gerundio compuesto para expresar el aspecto durativo, y finalmente la Academia lo aceptó como correcto, tal vez porque, desde antiguo, las gramáticas académicas tenían vacío ese lugar en sus cuadros de conjugación de los verbos. Yo en mi vida había oído decir eso, ni en Aragón, donde viví una docena de años, ni tampoco después en el español anglicado de algunos hispanos de Nueva York.

Con el tiempo se empezó a ver con cierta frecuencia, en los periódicos de España y de la América hispana el gerundio compuesto y, al cabo de unos años la RAE lo aceptó como correcto en su edición de 2001. Mientras tanto, García Yebra fue enviándome, de regalo, varios de los libros que había publicado y en los que había vertido mucha de su experiencia teórica y práctica sobre la traducción, inclusive uno titulado *Traducción y enriquecimiento de la lengua del traductor*, que estoy relejendo estos días, en el que pasa

revista a las sucesivas civilizaciones antiguas y modernas y a lo que en muchas de ellas aportaron las traducciones a las lenguas que usaban. Es indudable que con esos libros y sus intervenciones en la RAE, representaron un rico caudal, no sólo a la parte práctica de la traducción, sino también a su teoría.

La última vez que lo vi y saludé en Madrid, hará como cuatro años, se veía muy demacrado, pero pensé que tal vez se mejoraría. Al parecer no fue así y perdimos a un gran filólogo, traductor y maestro. Que en paz descanse.



D. Valentín García Yebra



[www.anle.us](http://www.anle.us)